

Aur. Pues bien, decidme
Vos en conciencia primero:
¿Mi libertad se me dió
Con la de Gabriel? Si no
Es así yo no la quiero.

Rod. Solo depende de vos
La libertad: si un secreto
Me aclarais vos, os prometo
La libertad de los dos.

Aur. ¿Es mio solo el secreto
Qué me pedís?

Rod. Sí, en verdad.

Aur. ¿Y vale la libertad
De Gabriel?

Rod. Me comprometo
A dársela.

Aur. Preguntad.

Rod. ¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
Vivís?

Aur. Desde muy niña.

Rod. ¿Y qué memoria
De vuestra infancia conservais?

Aur. Apenas
Una vaga memoria me ha quedado
De aquellas horas al pesar ajenas.

Rod. No espero yo que recordéis la historia
De vuestra infancia, cuya edad se olvida
Pronto y muy fácilmente con las penas
O los placeres de la inquieta vida;
Mas del lugar en donde habeis nacido,
Donde pasásteis los primeros años
Tendreis alguna idea.

Aur. Muy confusa:
Tal, que puedo decir que la he perdido
Mezclándola despues con mil estraños
Recuerdos posteriores.

Rod. ¿De manera
Que imposible os será, pues lo rehusa
Vuestra memoria ya, la mas ligera
Noticia dar de vuestra edad primera?

Aur. Tan imposible, no: ¿quién en su mente
A un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
Hacia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasion alguna
El pobre hogar ó la lujosa estancia,
Cuya techumbre guareció en su infancia
El dulce sueño que gozó en la cuna?

Rod. ¿Vos recordais ese lugar?

Aur. Sin duda:
Mas no por la virtud de mi memoria
Sola; tan fiel en esa edad no cabe
Tenerla: sé de mi infantil historia
Lo que fuí recordando con ayuda
De la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

Rod. ¿Gabriel la sabe?

Aur. Sí.

Rod. ¿Y os la ha contado?

Aur. Incompleta.
(Tambien la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber solo la idea
Que hayais vos en la mente conservado.

Aur. Tengo aunque muy confuso algun recuerdo.

Rod. ¿De qué?

Aur. De mil objetos.

Rod. Aunque sea
En confusion decídmelos.

Aur. Me acuerdo
De una ribera donde yo cogia
Yerbezuellas y conchas: del rugiente
Mar, que sus ondas sin cesar mecía:
De un monasterio triste y solitario
Fundado al pié de un monte: y vagamente
Me acuerdo de la iglesia, con su coro
Enverjado, sus techos con pinturas,
Su altar lleno de flores, su sagrario
Iluminado con mecheros de oro;
Y me acuerdo tambien, porque me daban
Miedo, de las inmóviles figuras
De mármol que tendidas reposaban
Encima de sus anchas sepulturas.

Rod. ¿Qué monasterio era ese?

Aur. Era un convento
De monjas.

Rod. ¿Qué país?

Aur. No lo he sabido
Nunca.

Rod. ¿Jamás Gabriel os ha contado
Lo que haciais allí? ¿quién conducido
Os habia á aquel claustro?

Aur. No ha querido
Decírmelo jamás: sé que aposento
Tenia allí mi madre, y que he pasado
Los tres primeros años de mi vida
Allí.

Rod. ¿Con ella?

Aur. Sí.

Rod. ¿De vuestra madre
Os ha hablado Gabriel?

Aur. Mil y mil veces.

Rod. ¿La recuerda á menudo?

Aur. No la olvida
Jamás: y sé que en sus nocturnas preces
La reza como á mártir.

Rod. ¿Sabeis de ella
La historia, el nombre, la familia?

Aur. Nada.
Sé que fué un dia festejada y bella
Y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
Es una horrible é infernal leyenda,
Que conserva Gabriel en su memoria
De expiacion y de venganza prenda.

Rod. ¿Y qué es lo que sabeis de ese relato
Vos?

Aur. Yo, nada tal vez y acaso todo;
Porque sus hechos sé, mas nunca supe
Ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

Rod. Pero en fin, ¿qué sabeis de vuestra madre?

Aur. Sé que era noble dama: que vivia
En la corte de un rey á quien la unia
Una amistad profunda y verdadera:
Que era para aquel rey casi una hermana,
Pues juntos cuando niños se criaron,
Y fraternal amor constantemente
Uno á otro los dos se conservaron.

Sé que era cuanto rica generosa,
Y que el encanto de las gentas era
Por su virtud y ciencia prodigiosa:
Que el vulgo la queria,
La corte la admiraba,
Y con ella secretos no tenia
El rey que como hermana la trataba.

Rod. ¿Mas ese rey...?

Aur. Murió.

Rod. ¿Cómo?

Aur. En la guerra:
Y concluyó con él su dinastía,
Y otro rey vino á gobernar su tierra,
Y á otras manos pasó su monarquía.

Rod. ¿Y vuestra madre entonces...?

Aur. Fué mirada
Como enemiga del monarca nuevo,
Y al fin de algunos meses acusada
De traicion: por diabólica su ciencia
Tomaron y la dieron por culpada,
Diciendo que hizo creer que el rey vivia
No sé á quien, á favor de un sortilegio
Mostrando á sus conjuros evocada
La aparicion de su fantasma régio.

Rod. ¿Y despues?

Aur. ¡Oh! Despues... eso es lo horrible
De la historia, señor. Se apoderaron
De ella, de su palacio, de su hacienda,
Los vendieron, sus armas infamaron,
Y ocupó un estrañero su vivienda,
Y su nombre y su raza se olvidaron.

Rod. ¿Y ella?

Aur. Como las hojas del otoño
Despareció de encima de la tierra,
Y en ella mas los hombres no pensaron,
Solo pensando en libertad y guerra.

Rod. ¿Pero vos?

Aur. No lo sé... sé que mi madre
Pobre, triste, ofendida y no vengada,
En aquel solitario monasterio
Tejia su existencia desdichada,
Y yo ecistia ya, bajo el misterio
De aquellas santas bóvedas velada.

Rod. ¿Y luego?

Aur. No sé mas.
Rod. ¿Gabriel no os dijo
Nada de vuestro padre?

Aur. Le tenia
Siempre por padre á él, y él me queria
Mas que el padre mejor quiere á su hijo.

Rod. Pero ¿cómo supisteis...?

Aur. En su sueño
Sorprendí su secreto: y como me era
Necesario su amor de una manera
U otra, el amor filial hallé pequeño,
Y del amor de la mujer y el niño
Formé para Gabriel solo un cariño.

Rod. ¿Pero al saber que vuestro padre no era,
No preguntásteis vos?

Aur. Quien era el mio.

Rod. ¿Y qué dijo Gabriel?

Aur. Que él lo sabia:
Mas que de él á acordarme no volviera,

Porque mi amor filial no merecia.
Rod. Siempre merece un padre...
Aur. No lo ha sido
Jamás el mio para mí.
Rod. ¿Aurora!

Aur. ¿Creeis que una razon me fué bastante
Para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
Sé que nunca mi amor ha merecido.
Sé que me echó á la vida despojada
De su nombre, y sin pan y sin abrigo,
Sé que dejó á mi madre deshonrada
En medio de la tierra abandonada
Para llorar y perecer conmigo.

Rod. ¿Y creeis á Gabriel?

Aur. ¿Qué si le creo?
Es la verdad del cielo descendida;
Su palabra es mi fé, y en esta vida
Por su fé juzgo, por sus ojos veo.

Rod. ¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
De vuestro padre?

Aur. Nada: y si lo hubiera
Yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

Rod. ¿Es decir...?

Aur. Que es mi padre y le perdono,
Como amor escogir de mí no quiera.
Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
De Dios le aguarda ante el escelso trono:
Yo á quien solo dió el ser, nada le pido:
Pero como él nos olvidó le olvido,
Como él me abandonó yo le abandono.

Rod. ¿Vive pues?

Aur. No lo sé.
Rod. ¿Mas si viviera?

Aur. Como él no me buscó, no le buscara.

Rod. ¿Y si una vez en la vital carrera
Con él os encontrarais?

Aur. Le mirara
Sin ira, mas la espalda le volviera.

Rod. ¿Y si al veros partir él os llamara?

Aur. De su paterna voz no hiciera caso.

Rod. ¿Y si llorando el mísero os siguiera?

Aur. Apresurara sin volverme el paso.

Rod. Pero, ¿y si os alcanzara y os asiera
De los vestidos él?

Aur. Los rasgaría
Dejándole en la mano los pedazos.

Rod. ¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

Aur. Su abrazo paternal rechazaría.

Rod. ¿Por qué?

Aur. Porque mi padre todavia
No ha ido á orar sobre la tumba oscura
De mi madre, y Gabriel me dijo un dia
Que al querer abrazarnos se abriria
Entre mi padre y yo su sepultura.

Rod. ¿Fatal supersticion!

Aur. Tal es la mia.

Rod. Tal es la ira de Dios. Es un misterio
Impenetrable. Satanás me ciega
Sin duda y nunca á comprenderle llega
Mi corazon ansioso.

Aur. He respondido
A cuanto preguntarme habeis querido,

Señor; á vos os toca.
 Rod. Sí, ¡á fé mia!
 Vais á ver á Gabriel. ¡Oh! sí: yo quiero
 Apurar este cáliz de agonía.)
 (Abre la puerta que da al encierro de Gabriel,
 mientras Aurora dice.)
 Aur. Libres al fin . . . para Gabriel ahora
 Libre será mi corazón entero.

ESCENA VIII.

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

Rod. Espinosa. (A Gabriel.)
 Gab. Heme aquí.
 Aur. (viendo á Gabriel.) ¡Gabriel!
 Gab. (abrazándola.) ¡Aurora!
 ¡Infeliz! ¡Quién aquí te ha conducido?
 Aur. La libertad, Gabriel: libres estamos,
 Y cual juntos aquí nos han traído,
 Juntos espero que de aquí partamos.
 Gab. ¡Santillana! (Pidiendo explicación de estas
 palabras de Doña Aurora.)
 Rod. Leed. (Dándole la orden de su libertad.)
 Aur. ¿Ves?
 Gab. (Lo comprendo,
 Todo. La agitación de D. Rodrigo,
 De mi Aurora infeliz la fé tranquila . . .
 ¡He aquí el instante para mí tremendo!
 La hora del martirio y del castigo.
 Señor, Señor . . . mi espíritu vacila:
 Sostenedme hasta el fin . . . sed vos conmigo.)
 Aur. ¿Qué te ágita Gabriel? . . . tu faz sombría
 Tu palidez . . .
 Gab. Un poco conmovido
 Estoy; y es natural Aurora mia.
 Y también vos estais descolorido
 Santillana . . .
 Rod. Espinosa, concluyamos.
 Yo os llamé . . .
 Gab. No os canséis: el por qué entiendo.
 ¡A solas con Aurora habeis hablado?
 Rod. La historia de su madre me ha contado.
 Gab. Solo para que á vos os la contara
 Se la he contado yo.
 Rod. Toda pretendo
 Saberla pues.
 Gab. ¡Curiosidad avara!
 Rod. Pero que vos satisfareis.
 Gab. Sin dadas;
 Mas púedec ser satisfaccion muy cara:
 Porque os advierto, juez, que he observado
 Que mis satisfacciones y respuestas,
 Por mas que yo riendo os las he dado
 Han sido siempre para vos funestas.
 Rod. Hablad . . . hablad.
 Gab. ¡Si os empeñais en eso!
 Mas despues de tres meses de proceso
 No sé como no estais escarmentado
 De interrogarme ya.
 Rod. ¡Siempre lo mismo!
 Acabemos Gabriel.

Gab. Sí, concluyamos:
 Hora es de penetrar en este abismo.
 Rod. Descender quiero á él.
 Gab. Y yo os prometo
 Que lo hareis: el momento es oportuno.
 Rod. Decid, pues.
 Gab. Esperad, que este secreto
 Os pertenece á tres, y falta uno.
 Llamad al capitán que con vos debe
 Penetrarle también.
 Rod. (llama y sale un alguacil.) ¡Ola! Don Cesar.
 Aur. ¿Qué tienes Gabriel mio? En tu semblante,
 En tus palabras y ademanes noto
 Sinistra agitación.
 Gab. Aurora mia,
 Tu corazón amante
 Por mí no tenga la inquietud mas leve;
 A mis pesares Dios hoy pondrá coto
 Y ambos tendremos libertad en breve.
 ¡Tú no te olvidarás desde este día
 De tu Gabriel?
 Aur. Jamas. ¿Eso preguntas?
 Juntas caminarán nuestras dos vidas,
 Nuestras almas á Dios subirán juntas.
 Gab. Sí; ni la muerte las podrá un instante
 Mantener una de otra divididas.
 Aur. ¡Dios! ¡A qué mientas la muerte ahora?
 Rod. Ya está aquí el capitán.
 Gab. Silencio, Aurora.

ESCENA IX.

DOÑA AURORA, D. RODRIGO, GABRIEL, D. CESAR.

Gab. ¡Ola! Sed capitán muy bien venido.
 Voy muy pronto á emprender un largo viaje
 Y un encargo dejaros he querido.
 Cesar. ¡Un viaje!
 Gab. Sí; estoy libre: me parece
 Que el portador de la orden habeis sido.
 Cesar. (¡Ay de mí! la infeliz aun nada sabe.)
 Gab. Decidme, capitán: ¿me habeis traído
 Un pliego de Madrid?
 Cesar. Tomadle.
 Gab. Bueno:
 Guardadle por ahora. En esa carta
 De un gran misterio encontrareis la llave.
 (A don Rodrigo). Vos sois algo curioso y no me fio
 De vos: sois padre y juez; os la confío
 Capitán solo á vos. Cuando yo parta,
 Dádsela á vuestro padre y que la lea.
 ¿Me entendeis? Cuando parta: que no sea
 Ni un solo minuto antes.
 Cesar. Os lo juro.
 Gab. Vuestra palabra sola es buen seguro.
 Además, por si acaso no volvemos
 A vernos, pues yo parto con Aurora
 Del mundo terrenal á otros extremos,
 Quiero un regalo haceros en memoria
 De nuestro buen encuentro en esta vida,
 Qué os será complemento de mi historia,
 Y prenda de amistad y despedida.
 (Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al
 cuello con una cadena).

Rod. (Esa calma satánica me aterra.)
 Aur. (Tiembo no sé por qué.)
 Cesar. (No es ser humano
 Quien así se despide de la tierra.)
 Gab. Tomad. Es, capitán, un amuleto
 Sagrado: don del papa: un relicario
 Que un *lignum crucis* venerando encierra
 Y guarda como el pliego otro secreto.
 Con el respeto mismo que á un sagrario
 Contempladle, y lo mismo que la carta
 Se le dareis al juez cuando yo parta.
 (A don Rodrigo.) Abridle solo vos: es mi con-
 Y Dios solo con vos sondarla debe; ¡ciencia
 En ella echad una ojeada breve
 Y reconocereis la omnipotencia.
 (Mas si un soplo hay en vos de fé cristiana
 Esperad á que muera, Santillana.)
 ¡Ea! ya que se acerca mi partida
 Escuchad, señor juez, el cuento extraño
 Que queriais saber, y por mi vida
 Que oíreis una historia divertida.
 Rod. (Yo tiembo.)
 Gab. Oídmeme pues, la escena pasa,
 No importa el día, la estación, ni el año;
 De noche, en Setubal, y en una casa.
 Rod. (¡Cielos!)
 Gab. Temblando estais si no me engaño,
 Santillana.
 Rod. Seguid.
 Gab. En hora buena.
 En una alcoba cómoda, alumbrada
 Por una lamparilla perfumada
 Con asiático aroma, bien agena
 El alma de inquietud, y bien guardado
 Por leales domésticos, el dueño
 De aquella rica estancia descuidado
 Yacía en brazos de agradable sueño.
 Era un hombre harto noble y poderoso,
 Para que no tuviera por asilo
 Muy seguro su casa, y al reposo
 Se entregaba en su cámara tranquilo.
 Una noche creyó sobresaltado,
 A pesar de lo doble de la alfombra,
 Pasos del lecho percibir al lado:
 Abrió los ojos y miró espantado
 Trazarse en la pared movable sombra:
 Volvió la faz y con la faz de seda
 Se tropezó de un hombre enmascarado.
 ¡Frio quedó como el cadáver queda!
 "Levantaos."—Le dijo con acento
 Imperioso el incógnito: y vistióse
 La bata que él le daba. "A ese aposento
 Salid." Obedeció y enfrente hallóse
 De dos hombres plantados á la puerta,
 Una dama como ellos encubierta
 Y un sacerdote pálido, y tenaces
 Sintió pasar sobre su frente yerta
 Las miradas ardientes y voraces
 Lanzadas á su frente descubierta,
 A traves de los negros antifaces.
 Entonces de estos horribles el primero
 De la sombría dama, ¡velo alzando
 "¿La conocéis?" le dijo; y él temblando

"Sí," respondió. "Pues bien, sed caballero,"
 Repuso el disfrazado; y avanzando
 El grave sacerdote se dispuso
 A unirle con la dama en matrimonio,
 Mientras el de la máscara se puso
 A escribir en silencio el testimonio.
 El despertado resistirse quiso:
 Pero su daga el disfrazado al pecho
 Le presentó y ceder le fué preciso;
 Firmó, y el matrimonio quedo hecho.
 Partió la dama y los demas con ella:
 Mas quedóse el primer enmascarado
 Y dijo gravemente al despertado:
 "Teneis una mujer ilustre y bella,
 "Gracias á mí y á vuestra buena estrella
 "Que os hizo viudo para ser casado,
 "La quitásteis la honra y habeis dado
 "Nombre á sus hijos: mas seguid su huella
 "Y moris, os lo juro, asesinado."
 Dijo así el de la máscara y partióse
 Con los demas: y de la casa el dueño
 En medio de la cámara quedóse
 Dudando si era realidad ó sueño.
 Rod. Tremenda realidad.
 Gab. (apartándole á un lado.) Sí, don Rodrigo,
 La dama doña Inés: vos el casado.
 Rod. ¡Y vos, señor!
 Gab. El hombre enmascarado.
 Rod. Tal vez Dios permitió . . .
 Gab. Lo habeis soñado.
 Rod. ¿Y si el sueño es verdad?
 Gab. Silencio digo.
 Que ellos no os oigan: que la faz no os vean;
 Sueño ó verdad que sepultados sean
 Con vos el sueño, la verdad conmigo,
 Rod. Pero mi alma concibe en este punto
 Que ese arcano fatal guardar podría
 Una verdad.
 Gab. Os dije que era asunto
 Concluido. Escuchadme: Si yo fuera
 El rey don Sebastian, morir debía
 Por la quietud del reino y mi alma entera
 Ser mártir á ser rey preferiría.
 Si soy un impostor y perjuicio
 Con mi existencia la quietud de España,
 Debo morir también: debo una hazaña
 De mi impostura hacer y sacrificio
 Mi vida á sostener esta patraña
 Que mi historia desde hoy hará famosa.
 ¿Me comprendéis?
 Rod. Señor, yo no me atrevo
 Dudando . . .
 Gab. Ahogad la duda: morir debo
 Si no por Sebastian, por Espinosa:
 Y deben sepultarse, don Rodrigo,
 Con vos el sueño, la verdad conmigo.
 No lo olvidéis. (Vuelven al centro de la escena).
 Aur. ¡No sigues tu leyenda
 Gabriel! No está acabada
 Gab. No por cierto:
 Para leer su conclusion horrenda
 De vuestros ojos quitará una venda
 El juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X.

GABRIEL, DOÑA AURORA, D. RODRIGO, D. CESAR EL DOCTOR N., ALGUACILES.—A LA PARTE EXTERIOR DE LA PUERTA SOLDADOS. DESPUÉS EL VERDUGO.

Alg. Las seis.

Gab. Partamos pues.

Aur. Virgen María!
Gabriel, qué es esto?

Gab. Mi destino, Aurora.

Aur. ¡Tu destino!... mi mente se estravía!

Alg. El verdugo del rey. (Anunciando.)
(Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.)

Aur. ¡Dios mio! ahora

Lo comprendo!... ¡ay de mí!... (Se desmaya en los brazos de D. Cesar que la coloca en el sillón.)

Cesar. ¡Miseria!

Gab. El día

Concluye: vamos pues: me faltaría

Valor para dejarla si volviera

En sí. Pronto, marchemos.

Doctor (á Gab., poniéndose á su lado.) Vos conmigo.

Gab. Es inútil.

Doctor. Mirad.

Gab. Todo es en vane

Doctor. ¡Sin confesion ireis!

Gab. Ha que os lo digo

Doctor. Cuatro semanas ya. No sois cristiano?

Gab. Porque lo soy si á confesar me accedo

Os tendré que decir lo que no puedo.

Velad por ella, capitán: se encierra

En ella sola cuanto amé en la tierra.

Rod. Señor...

Gab. No os fatiguis: empresa es vana,

Llegó, rey ó impostor, mi último día

Y moriré cual debo, Santillana.

Si impostor, con impávida osadía,

Y si rey, con fiera soberana.

[Váse y todos tras él.]

ESCENA ULTIMA.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA, DON CESAR.

Rod. A concebir mi mente no se atreve

De la verdad el espantoso arcano.

Por ser y por no ser perecer debe,

Sí: pero no mi desdichada mano

A ciegas al patíbulo le lleve.

Cesar, dame esa joya.

Cesar. Cuando muera.

Rod. Sepamos antes la verdad entera,

Cesar.

Cesar. Padre, escusad vana porfía:

Con su secreto perecer queria

Y he de cumplir su voluntad postrera.

Rod. ¡César!

Cesar. Se lo juré.

Aur. (volviendo en sí.) Ay ¡quién hablaba

Aquí? ¡Sois vos, don César? ¡Qué terrible

Pesadilla!

Cesar [ap]. ¡Infeliz!

Aur. Sí, yo soñaba

Sin duda... ¡eran quimeras! Mas... ¡qué horrible

Sospecha! ese silencio... esa tristeza.

¡Qué sucede? ¡ay de mí! los pensamientos

No acierto á combinar en mi cabeza.

¡Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos

Hace.— ¡Y Gabriel? decid; ¿dónde está ahora?

¡Dónde está? yo he soñado que venian

Por él. Mas, ¡qué rumor!

[Ruido de voces dentro. Doña Aurora se abalanza á la ventana, que abre, á pesar de D. Cesar que intenta impedirselo.]

Cesar. Tened, Aurora:

Tened, no os asomeis.

Aur. ¡Ah! me querian

Engañar. [Se asoma.] Allí va.—Luces, sol-

dados,

Gente... ¡ay! yo veo pero no concibo

Lo que veo... me envuelve el pensamiento

Una niebla, un vapor calenturiento

Y no sé comprender lo que percibo,

Allí va.—Pero dónde se le llevan

Sin mí? Se paran... ¡El afán me ahoga!

¡Qué palos son aquellos que se elevan

Allí? ¡Quién es aquel que con él sube?

¡Qué le ponen al cuello?... Es una soga.

¡Dios mio! rasga la sangrienta nube,

Que me ofusca la mente... Un sacerdote.

¡Ah le van á matar...! ¡Desventurados,

Deteneos...! ¡Gabriel...! ¡Y yo insensata

Que lo miraba estúpida! Malvados,

Tened... las manos sin oírme le ata...

(Volviéndose de repente á D. Rodrigo.)

Pero vos ¡miserable! que sois hombre

Venid... gritad... gritad, alma cobarde

Conmigo... ¡Deteneos!—Santillana,

Gritad: á mí no me oyen ¡en el nombre

De Dios! gritad... le quitan la escalera...

Gritad.

Rod. Sí, que se salve aunque yo muera.

(Se acerca á la ventana, y grita.)

¡En el nombre del rey!...

Aur. ¡Ay! ¡es ya tarde!

[Cayendo de rodillas junto á la ventana.]

Cesar. Tomad: sepamos la verdad postrera.

[Dando el relicario á don Rodrigo.]

[Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el

relicario que le da don César. El relicario con-

tiene un papel y un retrato envuelto: el pliego va-

rios papeles. Lo primero que lee D. Rodrigo es

el papel del relicario: despues registra con ansia

los papeles del pliego, y despues desenvuelve el re-

trato: todo con la mayor agitacion y ansiedad.

Doña Aurora permanece unos momentos de rodi-

llas y se acerca despues al grupo que forman D.

Rodrigo y D. Cesar.]

Rod. [leyendo.] "En el nombre de Dios.—Quien

quier que fueres

Juez, sacerdote ó asesino, pena

De ex-comunion, despues que le leyeres

Arroja al fuego este papel. El muerto

Ha sido el rey y Sebastian.

Aur. A buena

Hora lo ves imbécil asesino!

Rod. Mi firma.—Una escritura... mi contrato

[Registrando el pliego.]

De boda... y esta doña Inés Aldino,

[Desenvuelve el retrato.]

Aur. ¡Mientes! es de mi madre ese retrato.

[Quitándoselo.]

Rod. ¡Hija mia! [Tendiéndola los brazos.]

Aur. [rechazándole.] ¡Tú hija?... eso tan solo

Me faltaba.—¡Hija tuya!—Alucinarme

Quieres con ese nombre! mas el dolo

Miserable comprendo: no lo intentes.

Tú no has podido la existencia darme:

Mientes, viejo feroz: dime que mientes.

Tú para que su muerte te perdone

Me llamas hija tuya: mas te engañas:

Nada hay en mí que tu maldad abone,

Para tí solo hay odio en mis entrañas.

Rod. ¡Hija mía! [De rodillas.]

Aur. ¡Otra vez!—No me lo digas,

No me lo espliques: comprender no quiero

Que el sér infame que en tu seno abrigas

Me pudo dar el sér: muerta primero.

Rod. ¡Calla, hija mia!

[Asiéndola del vestido.]

Aur. Suelta, no me sigas.

Rod. ¡Huyes de mí!

Aur. Por siempre.

Rod. ¡Me abandonas?

Aur. Como á mi madre tú.

Rod. ¡Nada en mi abono

Te dice el corazon?—Que me perdonas,

Dime.

Aur. Mi madre contra tí ante el trono

De Dios venganza pide.

Rod. ¡Horrendo encono!

Aur. Si eres mi padre tú, ¡por qué te estrañas,

Del infernal rencor que arde en mis venas?

La que tiene tu sangre en sus entrañas

Solo puede tener sangre de hienas.

Suétame, pues, de tu sangrienta mano.

Mi padre era Gabriel y su asesino

Y el de mi madre tú.

Rod. Pero el destino

Te une hoy á mí.

Aur. [desprendiéndose de él.] Lo intentarás en vano:

Muerta mejor que á tu existencia unida.

Reniego, huyo de tí; mi ser olvida

Y el nombre de hija que tan mal empleas:

Y ¡ojalá que infeliz como ellos seas,

Y ojalá en mi lugar, fiero homicida,

De mi madre y Gabriel junto á tí veas

La doble aparicion toda tu vida!

[Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va

por la puerta del fondo. Don Cesar la sigue

tristemente. Cae el telon.]

